REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLVIII | San José, Costa Rica | 1954 | Miércoles 15 de Diciembre | Nº 18

Año 34 — No. 1163

Homenaje a ROMULO GALLEGOS,

en los 70 años cumplidos y en los 25 de la publicación de "Doña Bárbara"

(En **Rep. Amer.** Trabajos recogidos y enviados por **Ricardo Montilla,** México, D. F. 1948)



Rómulo Gallegos

Busto del escultor costarricense **Francisco Zúñiga,** en México, D. F. 1954

*

Soneto a Rómulo Gallegos

Rómulo: ya la Patria está muy lejos;
la escucho ya en canciones y relatos,
la busco ya en sus cartas y retratos,
la encuentro ya como al amor los viejos.

No digo aquella de los cien reflejos
en el machete de sus arrebatos,
sino la sin maldad y sin zapatos,
de pie y de agua, como los espejos.

Ya nos queda no más la que escribiste:
en tus libros su olor y su cadencia,
su azul remoto en tu camino triste,

su rumbo y su paisaje en tu conciencia...
Lo demás es tu pálida Teotiste,
la mitad gloria y la mitad ausencia.

Andrés Eloy Blanco.

Cuernavaca, 1954.

Vida fecunda y ejemplar

Por **Jesús Silva Herzog**

Las revistas **Humanismo y Cuadernos Americanos** ofrecen este vino de honor a Rómulo Gallegos, como testimonio de cordial amistad y profunda admiración.

Nosotros creemos que es deber de patriotismo latinoamericano, y no excluímos a los españoles que han encontrado asilo en tan dilatados territorios, destacar los valores auténticos y exaltar las virtudes de quienes han sabido con su conducta rectilínea y la luz de su pensamiento, honrar la América de Bolívar, Hidalgo, O'Higgins y San Martín.

Las patrias florecen y son realidades creadoras cuando la mayoría de sus hijos gozan de bienestar material y de los dones de la cultura; pero, además, cuando se logra encender en el corazón y clavar en las conciencias de las multitudes la admiración y el amor por sus grandes caudillos, victoriosos una y muchas veces en las incruentas batallas del pensamiento. Admirar y amar a Andrés Bello, a Domingo Faustino Sarmiento, a Eugenio María de Hostos, a Juan Montalvo, a José Martí y a Justo Sierra, es amar y admirar la América nuestra de que hablara Rubén. Ellos, nuestros grandes capitanes de la cultura, paradigmas de acendrado patriotismo, reposan hoy en el amor eterno de la tierra; y, lo que nosotros queremos, lo que nosotros anhelamos con fervor apasionado, es que vivan en el eterno amor de nuestros pueblos.

Y no sólo es menester provocar admiración y respeto por nuestros próceres desaparecidos, sino también por aquellos que aún luchan por ideales superiores en esta hora amarga, en este momento histórico cargado de zozobra y angustia. Por eso, hace algo más de tres años honramos en vida a Enrique González Martínez, el poeta ausente a quien recordamos con emoción temblorosa; por eso, no ha mucho honramos a Joaquín García Monge, el hombre grande de la pequeña Costa Rica; por eso, hace apenas unas cuantas semanas honramos a León Felipe, reencarnación del profeta Isaías, del gran artista y gran profeta de que nos habla la leyenda bíblica; y, por eso, hoy honramos a Rómulo Gallegos. Lo honramos porque se le quiere y admira, porque él, creador de obras de arte imperecederas ha cincelado la más acabada, la más hermosa y la más perfecta obra de arte con la sangre de su propia vida fecunda y ejemplar.

Rómulo Gallegos en Costa Rica

Por **J. García Monge**

De Rómulo Gallegos supe en 1929, cuando me honró con el envío de su famosa novela **Doña Bárbara** (Casa Editorial Araluce, Barcelona, 1929). La leí apasionado, La dí a leer. La releo. Andamos ya en los 25 años de haberse publicado **Doña Bárbara.** De entonces a la fecha, el **Repertorio Americano** ha seguido los pasos de Gallegos como escritor, educador y hombre de calidad moral en nuestra América.

En mayo 23 de 1951 tuve el gusto de darle un abrazo. Vino a verme a mi casa. Muy grata su visita. Recuerdo inolvidable me dejó. Sobria su conversación, modesto, sencillo. No le oí una palabra que se refiriera a sus adversarios políticos de entonces. Hombre superior. Ni violento, ni vengativo, sin rencores.

En esos días de mayo de 1951, pasó Gallegos por Costa Rica; viador de Libertad como otros lo fueron antes y nos recordaron: para citar tres: el periodista ecuatoriano Federico Proaño, en 1896; José Martí, en 1893; Haya de la Torre, en 1929.

Gallegos se sintió bien acogido: Visitó algunas Escuelas públicas, fue al Liceo de Costa Rica y a la Escuela Normal. Según su costumbre, les habló a los jóvenes. La Universidad de Costa Rica lo declaró **Doctor Honoris Causa.** Con este motivo, lo recibieron en el Paraninfo de la Universidad, en cita nocturna. Se llenó el salón de estudiantes y Profesores, de numerosos intelectuales. Lo escuchamos con simpatía.

Gallegos habló a los jóvenes universitarios en los términos que voy a recoger, porque su discurso fue una de sus acostumbradas lecciones de fe. Digo acostumbradas, porque Gallegos suele dictarlas en su Venezuela maternal. Recordaré antes una que dió en el Liceo **Andrés Bello,** en Caracas, en junio de 1942. Por años ha sido Gallegos Prof. de Psicología y Filosofía en su patria. Es un expositor ameno, comprensivo y sugestivo. Sus andares de maestro los considera su mejor contribución a la rectitud y a la bondad de la vida.

Dijo entonces: Buscar a los discípulos es renovar un contacto saludable. "Yo he querido siempre para mi vida la atmósfera limpia y sacudida de la juventud . . . Atmósfera que respiré en los años docentes, los mejores de mi vida."

En el enseñar se aprende. En eso anda Gallegos: cursos en compañía de los antiguos discípulos, a quienes no malogró los entusiasmos. Y les dice: Jóvenes, no preocuparse tan sólo de exámenes. Atención al nuevo orden social que anuncian los extremos en lucha, Entérense de este conflicto, Hay que sacrificarse por un ideal de Justicia y Razón. Rodeados de acechanzas, hay que andar listos. Muchachos y muchachas, siéntanse obligados a ser vigías.

"Así te saludo, estudiante reconcentrado y prevenido del Liceo **Andrés Bello,** donde enseñando, en inolvidable tiempo, aprendí yo que será siempre hombre irremediaplemente perdido aquel a quien ya no vuelva sus ojos el joven".

Preocupaciones semejantes lo movieron en el discurso que dijo en la Universidad de Costa Rica a que antes me referí. Saquemos algunas de sus declaraciones: "Incorporo a Costa Rica a mi sentimiento de la América de nuestro espíritu y nuestra lengua como gran patria común".

Preocupación fundamental de mi espíritu: Sobre todas las parcelas sopla borrascosamente la incertidumbre del porvenir, como en todo término cercano de edad histórica.

Hoy los custodios de la cultura deben procurar que ésta contribuya a la felicidad común y segura. No basta dar títulos. En otras palabras: un espíritu de cuerpo que desplace los esfuerzos de lo individual a lo colectivo. En la morada del Yo sopla ahora el huracán del Nosotros.

Nuestra fe en el imperio de la democracia; de él depende nuestra suerte.

En el campo de la contienda que desgarra el mundo, hay dos posiciones:

1ª) Luchar por defender los derechos del trabajo.

2ª) Luchar porque se mantengan los fueros del capital.

La tercera en discordia sería: El hombre de pensamiento poseedor de la cultura: el efectivo imperio de la democracia, en todos los pueblos. "La concordia que exigen los ejercicios de la cultura".

La fatalidad de nuestra América: las ditcaduras.

(Entre paréntesis: La codicia de los imperialistas yanquis refuerza y utiliza a los déspotas criollos y así domina estas patrias indefensas. En la sabiduría moral de los antiguos egipcios, este saludable mandamiento: "Cuídate de la codicia, que es una enfermedad incurable").

Pidan en esta hora incierta la palabra los intelectuales responsables. Como tarea colectiva, en actitud vigilante. Numerosos casos de la prostitución de la dignidad intelectual. Los fariseos de la política. La confabulación de los reaccionarios. Frente a tales: la presencia de los auténticos representantes (pensadores, escritores) de la intelectualidad de nuestros pueblos.

"Los invito desde la Universidad de Costa Rica. Espero a los intelectuales costarricenses". El lema sería: **Cultura al servicio de la Razón y la Justicia..**

Jóvenes: a defender las tradiciones democrática en esta incertidumbre en que el mundo vive. Serenidad y visión clara. Esto espero de la intelectualidad costarricense: Vigilar dentro y fuera. No una Costa Rica en el aislamiento.

El discurso de Gallegos en la Universidad de Costa Rica es parte de su oratoria docente, es una lección de fe. Nos recuerda la carta de Martí a nuestro periodista Pío Víquez, en julio de 1893, al salir de aquí. Martí recuerda agradecido la bondad de Costa Rica. Gallegos habla de la ternura del paisaje de Costa Rica y lo relaciona con la nobleza de sus gentes.

Martí habló del "amor y vigilancia con que los americanos, unos en el origen, en la esperanza y en el peligro, han de mantener a esta América nuestra, sorprendida en su cruenta gestación, en los instantes en que por sus propias puertas muda

de lugar el mundo". Martí habla de prepararse para llegar a esa cita, si queremos salvarnos. A él le pareció que la Costa Rica de entonces se preparaba.

Y concluyamos con estas referencias: Gallegos fue Ministro de Educación de ideario progresista laico. La reacción clerical lo sacó del cargo.

De niño contaba cuentos y era andariego. En el colegio nació su gusto por el profesorado. Sus discípulos no lo olvidaron porque fue su amigo. Como educador despierta y guía. Va a la vanguardia. Ha mantenido siempre intacta su fe en la juventud.

En Carmen Rosa, de su novela romántica **Reinaldo Solar,** Gallegos plantea el problema de la educación sentimental de nuestra mujer.

Pide a los maestros de Norteamérica que ponderen a Bolívar "como ejemplo de constancia sin pausas en el propósito libertador que se había impuesto; como caso extraordinario de hombre tan poseído de fe en su ideal y de confianza en sí mismo".

Como escritor, plantea problemas sociales. Atento a los dolores y ansias de su pueblo. Ama a su patria.

Como ciudadano, cuida su conducta, vigila, aconseja. Es valeroso en sus declaraciones. Leal consigo, decoroso. Es hombre ordenado, no de presa, "A la violencia, lo razonable."

Como hombre de la políica, lo es de altura. Fiel a sus principios. Piensa con ideas. No calcula, no vegeta. Su personalidad es manifiesta. "Extremaré mi celo en la vigilancia de la dignidad".

"...aún no es dable la restitución cabal del préstamo que en mí le hicieron las puras letras a la exigente política y es deber de consecuencia con la mejor experiencia de mí mismo que haya podido hacer, el de que me mantenga en las preocupaciones de ese orden, dentro del cual he de continuar cumpliendo la obligación contraída con mi pueblo."

En junio de 1931 renuncia de su cargo de Senador, porque un Senado de rodillas ante el Dictador ofende el decoro nacional, desquicia los fundamentos de la democracia. Soberanía del Congreso, soberanía del pueblo.

Señalemos el testimonio ejemplar de Gallegos como Diputado en abril de 1947, cuando se pide al Congreso la discusión de los partidos de izquierda: "**Que se ventilen las ideas que se agitan en la conciencia del mundo.** Que se **deba** y **pueda** pensar en el campo libre de las ideas políticas". Lección que debieran aprender en estas comarcas tantos parásitos del politiqueo, meros satélites de los aprovechados que logran coger mando. Lo de siempre: el dramático conflicto entre la dignidad y la conveniencia.

Hombres como Martí, Sarmiento, Hostos, Gallegos, B. Sanín Cano, Alfonso Reyes..., son americanos previsores, y cuántos tenemos entre los vivos y los finados egregios; hombres con fe en el porvenir y fidelidad a sus ideales. Pongamos a nuestros próceres a caminar. Sus consejos, su testimonio debemos consultarlos a menudo. A ver si nos ayudan a explicar nuestra historia, la pasada y la nueva. De no, con estos trastornos mentales en que el mundo vive, seguiremos en nuestra América en la misma: sin brújula y cojeando.

Costa Rica. 1954.

Rómulo Gallegos como cuentista

Por **Salvador Bueno**

Durante más de diez años — aproximadamente entre los veintiséis y los treintiséis de su edad — dedicará Rómulo Gallegos toda su atención a la tarea de escribir cuentos, relatos cortos, narraciones. Las revistas literarias venezolanas más destacadas de este período recogen la abundante y variada producción cuentística del joven escritor. En las páginas de "El Cojo Ilustrado", "La Revista", "Venezuela Contemporánee", "Pitorreos" y "Cultura Venezolana" aparecen estas narraciones. En ellas advierten los críticos una nueva posición, una actitud distinta a la anterior promoción literaria, demasiado apegada a joyeles verbales, a la perfección formal, al ademán esteticista.

Esta etapa de su faena creadora se extiende a los años que dirige Gallegos la revista "Actualidades" (1919-1921) y arriba a su clímax con la publicación de su novela corta "La Rebelión" en la revista "La Novela Semanal". Toda esta dispersa labor no fué enteramente recogida en libro. En 1913 incluyó su autor algunos cuentos en un volumen encabezado por "Los Aventureros". Muchos años más tarde se edita "La Rebelión y otros cuentos" (1946) que, con los anteriores, aparecen reunidos en el tomo de "Obras completas" (La Habana, 1949). Todavía esperamos una recopilación total de sus narraciones. Lo cierto es que la fama alcanzada por Rómulo Gallegos como novelista ha echado sombra sobre los méritos de sus cuentos, ha olvidado su valor intrínseco, su relevante ubicación en el desarrollo de dicho género en las letras venezolanas.

Lo que primero advertimos en dichos cuentos es la diversidad de sus escenarios. El futuro gran novelista no quiere pasar por alto ninguna faceta de su país, ninguna región, como si quisiera abarcar en su obra narrativa todo el palpitante cuerpo nacional. Algunos de estos relatos tienen por escenario la sierra, otros, los pequeños pueblos dormidos, otros, el llano inmenso, cuando no el amplio cuadro de la capital, con sus barrios extremos y sus calles rumorosas. Y hay también algún relato de la costa marinera, donde el certero descriptor hace gala de sus cualidades plásticas.

A esta diversidad espacial se adiciona una variedad enorme en los tipos humanos. En sus cuentos — como más tarde en sus novelas — hace Gallegos un corte vertical en la sociedad venezolana, desde las clases adineradas hasta las zonas inferiores de su población. Allí aparece tanto el hijo de familia pudiente de Caracas como el inmigrante recién llegado a América; las gentes de la pequeña burguesía al lado de los campesinos, los mendigos, los marinos de la costa. Junto a la estampa del recio caudillo que espera su hora están las siluetas de artistas fracasados, de profesionales agotados en el ejercicio de su tarea, de mujeres encadenadas a una posición falsa o a un destino ineludible, entes de ficción consumidos por una ilusión, una dolencia, una derrota moral.

Intentemos un agrupamiento, por sus temas o por sus proyecciones principales, de estos cuentos. Aunque los problemas sociales, políticos, etc. de su país aparecen en mayor o menor medida en casi todos sus relatos, es evidente que existe un grupo de ellos donde la problemática nacional está presentada de modo general o panorámico. Tal ocurre en "Los Aventureros" donde la vinculación entre el abogadillo, torticero y ambicioso, y Matías, el caudillo inculto de la montaña, posee un índice constante en la historia venezolana. El doctor Avila desde el inicio del cuento queda rebajado ante el lector: se le llama Avilita. ¿No recuerda a Mujiquita, de "Doña Bárbara", pero quizás con más ímpetus?

La problemática social venezolana la hallamos en "Los inmigrantes". Ambos, el libanés y el calabrés, darán hijos a la futura Venezuela, su orgullo mayor será haber engendrado hijos para la tierra adoptiva: "Ese es mi hijo! ¡Venezolano neto! ¡Un palo de hombre! Como dicen aquí", exclama Domenico, el inmigrante calabrés. La problemática nacional está en "La ciudad muerta" que los hombres fuertes, los jóvenes ambiciosos y denodados abandonan para ir a la capital, lugar más propicio para sus empresas.

Otro grupo está formado por los cuentos de costumbrismo rural, como "Pejuga" "poblacho triste y pobre, lleno de polvo y de moscas, lleno de silencio y de modorra", como "Pataruco", el hábil arpista de la Fila de Mariches. El costumbrismo urbano compone otro grupo: "Una resolución enérgica", "Las Mengánez",, "El cuarto de enfrente", "El crepúsculo del diablo", "La Rebelión", etc. Narraciones éstas donde observamos el ascenso social de la familia Mengánez, o la desaparición de costumbres tradicionales, como la del diablo disfrazado que era figura imprescindible en los carnavales caraqueños. Este costumbrismo urbano alcanza amplitud mayor en "La Rebelión", más novela corta que cuento, que tiene interés como reflejo de las divisiones en castas, pero también calidad psicológica al anotar el brote de la herencia paterna en el niño Juan Lorenzo. "La Rebelión" es uno de los mejores relatos breves de Gallegos.

No lo son menos los que tienen por característica común temas tétricos, tipos anormales, cobijados por una atmósfera trágica que determina la trama y su desenlace. En "Marina", "Paz en las alturas" y "Estrellas sobre el barranco" el ilustre escritor venezolano parece coincidir con los tiempos humanos, la condi-

ción lóbrega, sombría, de los cuentos más pesimistas de Horacio Quiroga. Los dos primeros poseen ese penetrante concisión, ese vigoroso desarrollo que distingue a los ejemplos más renombrados del género.

Bien ganada fama ha obtenido Rómulo Gallegos por sus descripciones. Podemos citar algunos de los cuentos donde ese rasgo alcanza mayor distinción, como "El milagro del año", cuyas páginas descriptivas son antológicas, "Sol de Antaño", "Pegujal" y algunos más. Pero hemos de observar que el autor no se regodea en la descripción de paisajes; la descripción no tiene un fin en sí misma sino que está ensamblada en la trama del relato, no se realiza por afán progresista ni por añadir un ornamento más a la narración, ya que se encuentra entrelazada con la existencia de los personajes, con los rumbos sutiles del relato. En una palabra, está utilizada en función del arte narrativo, no como elemento aislado, yuxtapuesto.

Digamos, por último, que en ciertos relatos palpitan ansias espirituales, ideas místicas que parecen anunciar el idealismo de "Reinaldo Solar". En "El paréntesis" y, sobre todo, en "El apoyo", se observan estos caracteres. No ocurre así, a pesar del título, en "Un místico", ya que en él se denuncian los manejos de un médico de pueblo, expoliador de sus pacientes, y el clamor ético del Padre Solís no logra superar la realidad social puesta en la picota del relato. El cuento "El maestro" presenta a "un truhán desarrapado, gran bebedor y amigo de exhibir a todo trance su trasnochada erudición" que parece personificación del mal y que ejerce extraña fascinación sobre sus vecinos y amigos, quienes, a virtud de una inexplicable fuerza moral, reaccionan contra él y lo matan. El relato concluye con una nota de escepticismo: a los que han vindicado su condición humana, su valentía moral, se les clava una interrogación: "¿Habremos muerto al Maestro?"

Arthur Uslar Pietri, en su "Esquema de la evolución del cuento venezolano", afirma lo siguiente: "Sus cuentos son apenas un episodio o un ensayo de herramientas del novelista nato. Tienen un inconfundible aspecto de capítulo aislado. Pero la fuerza, la veracidad y la penetración que lucirán en sus mayores obras están enteras en algunos de sus cuenots, como en esa estampa limpia y justa de la vida de barrio que es "La Rebelión". ("Antología del cuento moderno venezolano" 1940, tomo I, página 10). No creemos que sea enteramente cierta la primera afirmación, ya que con anterioridad hemos señalado algunos cuentos que tienen valor por sí, con los rasgos característicos del género, sin que se puedan estimar como partes o antecedentes de una novela posterior. Sí es cierto que algunos alcanzan la dimensión de novela corta, como "La rebelión", "Los inmigrantes", "El milagro del año", etc.

Leyendo estos relatos nos ponemos en contacto con ese lenguaje robusto, sobrio, vigoroso, de Rómulo Gallegos, donde anotamos la buena cepa clásica española y el matiz venezolano de sus expresiones, aunque nunca abusa de lo dialectal. Situado frente a la sociedad venezolana, a la que atisba, denuncia y analiza, su percepción no se transforma en agudo sarcasmo, ni su ironía se hace áspera. Sus punzantes observaciones se mantienen en un terreno objetivo, aunque en ocasiones los viejos prejuicios de casta, los antañones privilegios o los afanes de trepamiento de las Mengánez le arrancan notas satíricas muy notables. De todos modos, sobre cualquier otro rasgo social está su preocupación ante los problemas de la patria, ante el porvenir de su país. Cuando observa al hijo de familia rica, al caballerete elegante y cínico de "Una resolución enérgica", anota: "Como todo buen venezolano confundía la noción del deber con la del derecho. Mejor dicho: no pensaba que tenía deberes, sino derechos".

Existe cierta tendencia en Gallegos como cuentista a presentar sus personajes, desentrañando desde el inicio del cuento sus vivencias y cogitaciones, en vez de situar al lector frente a una escena o un cuadro colectivo. Esta preferencia hacia la captación del caudal interior, subjetivo, de sus entes de ficción, no le conduce hacia un psicologismo minucioso, como no se dejó vencer por el descripcionismo externo. En los cuentos ya revela el ilustre escritor venezolano su capacidad extraordinaria para crear personajes de indeleble estampa. Citemos a Jacinto Avila, el abogadillo ambicioso, a Martín Garcés, el petimetre burlón y cínico, a ese maestro a quien le sospechamos la faz fáunica y socrática, o a ese viejo Crisanto, el mendigo de las novias, y también personajes episódicos como "Mano Carlos", o pálidas y recogidas figuras femeninas como Luisiana, la heroína de "El piano viejo".

Indudablemente, y como reacción contra la promoción modernista anterior, al narrador le preocupa tanto artista hispanoamericano evadido hacia exóticos parajes. El artista de nuestras tierras que pierde su vida y extravía su arte en inútiles estancias en Europa está palpitante en Hilario Altares, el protagonista de "Sol de antaño". Y la tragedia del músico formado en la cultura occidental pero vuelto de espaldas a los impulsos de su tierra está expresada en el cuento "Pataruco". Todos estos temas iban a confluir, como se sabe, en las páginas de su primera novela "Reinaldo Solar".

No hace mucho tiempo, un periodista mexicano entrevistó a Rómulo Gallegos. "¿Por qué abandonó el cuento? — preguntó en el curso de la charla al gran novelista. A lo que éste respondió:

—"No era el medio más adecuado a mi temperamento".

Es cierto. Pero igualmente hemos de anotar que Rómulo Gallegos puso todo su poder narrativo en estos cuentos escritos entre 1910 y 1921, luego quizás palpó, intuyó, que en las limitadas fronteras del relato breve no cabía su poderosa expresión de gran creador literario. Porque en estos textos sentimos nosotros el aliento vigoroso de un novelista de raza que rebosa las apretadas dimensiones del cuento. Nos asomamos a la tierra venezolana, a sus hombres, a sus problemas. Y entrevemos los méritos excepcionales de uno de los primeros narradores de nuestra América.

La Habana, Julio 1954.

Notas sobre Rómulo Gallegos

Por Ciro Alegría

Tengo que explicar, de entrada, la razón de estas dispersas notas sobre Rómulo Gallegos y su obra. El distinguido crítico Rafael Suárez Solís, al regresar de su último viaje a México, me escribió una carta que, por haberme mudado, demoró en llegar a mi poder varios días. Traía un encargo para mí en relación con el homenaje que rendiría **Humanismo** a Gallegos. "Sus redactores aspiran a una colaboración de usted alusiva a un aspecto de la personalidad literaria del ilustre venezolano", decía entre otras cosas. Llamé por teléfono a don Rafael. Me explicó que él ya tenía enviada su colaboración y la edición de la revista estaba por cerrarse. Le contesté entonces que no tendría tiempo de escribir nada que respondiera a la importancia del homenaje. Pensaba entre tanto en los libros de Gallegos que forman parte, con abundantes comentarios al margen por leídos y releídos, de mi pequeña biblioteca que aun está en Puerto Rico. Poco después vine de La Habana a este balneario, San Miguel de los Baños, con el propósito de seguir trabajando en una nueva novela. De repente, se aparece don Rafael Suárez Solís por acá, de visita, mostrándome otra carta donde los organizadores del homenaje le dicen que detendrán la publicación de la revista hasta que mi trabajo llegue. Tanto interés me honra y decido escribir. Pero aquí me encuentro sin más papeles que los diariamente emborronados por mí y, según se comprende, tampoco tengo la posibilidad de revisar pronto los libros de Gallegos como para trabajar organizadamente sobre una de sus muchas facetas. Sirva, pues, este preámbulo para explicar que escribo mis notas "de memoria", tal se suele decir en los Andes peruanos, y con el objeto exclusivo de brindar mi aporte al buen empeño.

*

Celebramos el vigésimo quinto aniversario de la publicación de **Doña Bárbara.** Quiero decir, aunque ello suene a paradoja, que tal aniversario tiene para mi una importancia muy relativa. Yo habría rendido homenaje a Gallegos con cualquier motivo. Pongamos por caso, el trigésimo cuarto aniversario de **Reinaldo Solar,** que si mal no recuerdo fué su primera novela y se publicó el año 20. **Doña Bárbara,** bien mirado, constituye la clarinada de Madrid, — cuando Madrid sonaba de veras en el mundo de las letras, — el triunfo conquistado allende las fronteras patrias. Todo ello estableció el prestigio internacional del autor. Pero creo yo que lo que más debemos celebrar en Gallegos es su ejemplar dedicación a la novela y sus muchos logros.

Recordemos que la década del 20 al 30 fué particularmente feliz para las letras hispanoamericanas. Se publicaron entonces, en una sucesiva afloración de novelas notables, **Don Segundo Sombra, La Vorágine** y **Doña Bárbara.** Guiraldes y Rivera fueron, como novelistas, claramente truncados por la muerte. Pero antes y después de aquella década, ¿qué encontramos? El panorama de nuestra literatura novelesca, con excepciones rarísimas, está compuesto de novelistas de una sola novela. Sea porque no compusieron más que una o porque sólo una resultó de calidad. El caso de Alcides Arguedas es sin duda el más patético. Su **Raza de Bronce** reveló grandes condiciones. Pudimos esperar muchas buenas obras de su seguro pulso de novelador, pero no produjo más que ésa. Se llamó a silencio desalentado seguramente por los contratiempos que sufrió su libro, como nos lo revelara en el prólogo que escribió, poco antes de su muerte, para la edición que al fin logró publicar decorosamente en Buenos Aires. En otros casos, nuestros novelistas aciertan en una sola obra, — a veces, curiosamente, la primera — y en las demás no hacen otra cosa que repetirse y andar a tropezones.

La trayectoria de Gallegos es completamente distinta. **Reinaldo Solar** ya muestra grandes cualidades, que se desarrollan sin tregua y comienzan a culminar en **Doña Bárbara,** para lograr plenitud magnífica en **Cantaclaro** y continuar dando obras de primera clase en **Canaima** y **Pobre Negro,** sin que las posteriores no sean también dignas de consideración. En síntesis, Gallegos ha levantado toda una obra compuesta de muchas novelas de altos méritos, en un género de nuestras letras donde el aliento corto ha sido hasta hoy lo más corriente.

*

Yo no creo — y seguramente en esto ando en desacuerdo con **la mayoría o** todos los críticos — que **Doña Bárbara** sea la mejor obra de Gallegos. Lo he dicho ya y debo repetirlo porque no faltará buscabulla que lo recuerde. En un pequeño trabajo sobre el personaje en la novela hispanoamericana que presenté al Congreso de Literatura de Albuquerque y salió publicado en la memoria del mismo, exponía mis reservas acerca de la estructura de **Doña Bárbara** como personaje novelesco y mi abierta discrepancia con el planteo de **civilización y barbarie** hecho en relación con la problemática político-social hispanoamericana. No quiero insistir en esto y menos frente al espectáculo que ya ha comenzado a ofrecernos el civilizado mundo atómico. La cuestión, en último análisis, está envuelta en la crisis universal de los valores humanos que se ha amasado durante siglos y por cierto que nuestra barbarie silvestre es inferior a la barbarie técnica. Mas todas las diferencias de criterio que pudiese tener sobre algunas características de **Doña Bárbara,** no impiden que reconozca los muchos méritos que ostenta, pues es obra rica y a ellos me referiré luego.

*

La mejor obra de Gallegos es, a mi juicio, **Cantaclaro.** Tiene las cualidades descollantes de **Doña Bárbara** y además los personajes mejor logrados por el autor.

Mirada con imparcialidad, sin esas superestimaciones que son tan frecuentes, la novela hispanoamericana no va más allá de abordar temas y ambientes. Es una especie de anexo de la geografía, la historia, la historia natural, la sociología, el scoutismo, etc. Tampoco puede decirse que es una novela de masas, tal como la hicieron los europeos en cierto tiempo, porque están más bien supuestas y si aparecen, no son movidas con eficacia. Pensando en una escala universal, encontramos que así era la novela en sus orígenes. Quiere decir que la nuestra se halla, mayormente, en estado embrionario.

Gallegos establece una clara diferencia. Sin renunciar al empleo de elementos formales de ambiente, que es legítimo que todo escritor americano utilice para componer el escenario de sus héroes y porque son en sí mismos de gran interés, entra resueltamente a poner en primer plano la peripecia humana. **Cantaclaro** es Cantaclaro mismo. En toda la novela hispanoamericana no hay personaje más bien motivado, ni mejor conducido, ni con tanta lógica en el desarrollo interno. Siente y actúa, con sus cualidades y defectos, como un verdadero ser humano y Gallegos, siguiendo la vieja norma aristotélica, lo revela a través de la acción. En la misma novela, los personajes secundarios son frecuentemente otros tantos grandes aciertos. Recordemos, por ejemplo, al doctor Payara, real tipo calderoniano brotado en la llanura y que puede estar en cualquier lugar de nuestra América, llano aparte. Los críticos, —que yo recuerde— no lo han descubierto aun, así como han pasado por alto a decenas de personajes de toda la novelística galleguiana, vivo y heterogéneo conjunto con el cual ha caracterizado a un pueblo como nunca entre nosotros. Sólo don Ricardo Palma puede superar a Gallegos en la gama de tipos, pero el gran narrador peruano no era novelista y su método es distinto. La única novela que escribió, comida por el fuego en el incendio de Miraflores, se basaba también en la historia.

La tarea máxima de un novelista es la de crear personajes. Las grandes novelas son, en sustancia, una revelación de héroes. Llámanse Don Quijote, Karamazov, Raskolnikov, Bovary, Goriot, Juan Cristóbal, Hans Castorp, Babitt, etc. No lo hemos entendido así y por eso nuestra novela es feble. Gallegos es uno de

los pocos escritores hispanoamericanos que logra crear personajes de relieve. En sus obras, ellos encarnan los problemas y no los llevan a cuestas, como frecuentemente ocurre, sin tener otro papel que el de meras entelequias para hacer posible la narración.

*

La capacidad de Gallegos para crear ambientes es, también, extraordinaria. A todo personaje y a toda situación, les adjudica el adecuado **habitat** novelesco. Sobresale en esta difícil faena por su fuerza descriptiva, sobre todo cuando se enfrenta con la naturaleza. Presentar la naturaleza ha sido, por cierto, el plato fuerte de la novelística hispanoamericana. Sin embargo, en Gallegos no hay el frecuente desborde. Los cuadros que nos brinda tienen viveza y colorido dentro de una sobria entonación. Sus mejores páginas descriptivas se encuentran indudablemente en **Doña Bárbara,** pero la destreza no decae en **Cantaclaro, Canaima** y producciones posteriores. Los novelistas hispanoamericanos de recientes promociones, ganosos de trabajar con formas y temas nuevos, están abandonando los motivos que ofrecen la vida campera y la bravía naturaleza americana y, con la típica vehemencia de los innovadores, tienden a desestimar a quienes los aprovecharon. Es el eterno pleito de las generaciones literarias. Pero cualesquiera que sean los resultados que los nuevos obtengan, — y no están muy claros hasta ahora — es seguro que la crítica de mañana citará muchas descripciones de Gallegos entre las mejores que produjo la novela de su momento.

*

Los argumentos de Gallegos no tienen demasiadas complicaciones, pero se nota que el autor trabaja en ellos considerándolos también un medio de interesar al lector. La trama de sus novelas resulta así muy sólida. En esto se diferencia fundamentalmente de casi todos los novelistas hispanoamericanos, quienes han echado aquello de **planteo, nudo, desenlace** y otras leyes por la borda, ciñéndose a los modelos contemporáneos europeos. Creo yo que cada artista tiene sus propios requisitos, su manera de proceder, y los resultados son los que cuentan. Gallegos respeta la preceptiva en cuanto tiene de útil y la buena medida determina en gran parte sus éxitos, contrapuestos a los repetidos desastres engendrados por las aparentes arrogancias de los reformadores de segunda mano.

*

La prosa de Gallegos, que desde sus comienzos valía mucho, se nos muestra madura y definitiva en **Doña Bárbara** y las obras siguientes. Es una prosa de ritmo pausado y vigoroso, que luce una adjetivación siempre certera y está llena de palabras y giros populares que le otorgan su inconfundible sabor. En suma, es la buena prosa de un novelista americano.

*

Me parece que la extensión de estas notas va resultando mayor que la prudente para una revista. Debo colocar el necesario punto final. Al lector le habrá sido fácil advertir que he escrito pensando en un maestro.

San Miguel de los Baños, Cuba, agosto 30 de 1954.

Gallegos es un hombre integral

Por **Carlos Sabat Ercasty**

Una de las formas más eficaces con que nuestra América ha tratado de buscarse a sí misma es, sin duda, la novela. El joven lector de hoy, aunque aún no haya viajado por su continente natal, realiza una aproximación fecunda cuando, mediante reposadas y hondas lecturas, indaga el sentido de la vida hispanoamericana en aquellos narradores que la han enfocado con una idéntica intención realista y un coraje desnudo, y hasta cruel. La novela romántica fué un primer paso, mas pecaba por una necesidad excesiva de poetización, por una demasía de lirismo, de modo que el relato, por su subjetividad y por una fuerte propensión idealizadora, no se ajustaba al mundo concreto, no lo sorbía ni lo manifestaba en su vigor y en su complejidad verista, y por eso mismo, en su descarnada presencia. Actualmente la novela superó esa etapa inicial, digna de elogios como un primer paso de la narrativa, pero con una deformación radical emanada de la tendencia poetizadora, de la excesiva carga imaginativa. Hoy la novelística contemporánea ha podado la innumerable mentira de flores con que el árbol se disimulaba a sí mismo. Ha quedado lo esencial. El tronco, las ramas, las hojas, la savia, y desde éstos ha sido posible bajar hasta la raíz, es decir, hasta el elemento elaborador, tal como la vida lo hace trabajar.

Es verdad que la novela americana nos ha herido y nos hiere mil veces; es verdad que se ha encarnizado en la tarea de vitalizar artísticamente una verdad que nos amarga y nos angustia; pero esa misma intensidad dilacerante que nos ofrece, nos ha hecho más capaces de sabernos, y nos ha colocado, valerosamente, ante un mal que exige la entera virilidad de una reacción impostergable. Podemos decir, con las mismas palabras del héroe mexicano: "no estamos en un lecho de rosas." Y ese dolor que emerge hacia nosotros, si somos capaces todavía de una actitud sana y generosa, a pesar de todas sus negociaciones y tal vez por ello mismo, nos marca con un signo afirmativo, signo que se da casi siempre en los novelistas de América como un estímulo ante la desconformidad, como una fuerza de creación, como un imperioso mandato frente a una etapa que debe ser superada lo antes posible en todos los planos en que actúa la vida. El himno nos exalta, y lo necesitamos como un ala de la acción. Nos dinamiza. Es como una volición del poeta que se hace verbo. Puede conducirnos al trabajo fecundo. Pero también es necesario saber en dónde estamos, cuáles son los caminos que nos esperan, qué posibilidades se le ofrecen a una vida que no quiere encarcelarse en los vanos paraísos del egoísmo, en qué puntos exactos hay que golpear con la herramienta plasmadora.

Rómulo Gallegos es el novelista de Venezuela. Sobre maderas indígenas a punta de fuego, avivando la brasa incisiva con su propia sangre, ha grabado el mapa de un trozo de América y ha dibujado la raza de un país trágico. El río, la montaña, el mar, las sabanas resecas o inundadas por el brío de las lluvias, el ciudadano y el llanero, el instinto y la inteligencia, los poderes satánicos que tiran hacia atrás y ahogan el impulso creador, y las energías afirmadoras, anchas y tenaces de fecundidad y aunadas a la esperanza, están allí, en esas hojas suyas, donde las palabras tantas veces llagan nuestras conciencias como una quemadura. Cuánto hemos visto y cuánto aprendido en el torrente vital de sus relatos: el poder imperial de una tierra devoradora de hombres en la que fermentan los implacables impulsos, esa Doña Bárbara, que es la tierra misma, firme en cordilleras y en llanos, la oscuridad de sus signos y a la vez el enorme depósito de reservas vitales que aguardan desde un caos desordenado y amenazador, el tremedal que bebe a los seres como en un naufragio, y el trabajo de la luz, la obra lenta, sostenida, de los arquitectos de la inteligencia, esas voluntades inquebrantables, aunque oscilantes a veces, pero siempre emprendedoras y liberadoras, ciertas o inciertas en su destino, que dentro de las narraciones de Gallegos tiene su arquetipo en Santos Luzardo, domador de llanuras, exaltado por el impulso tremendo de la estirpe, ciudad y campo en una integración de símbolo, frente modelada en la luz y corazón fraguado en el bien. Toda su desconformidad se hace energía, y sin quebrantar los instintos básicos que lo queman en la acción, los redime sobre el metal de un aconciencia lúcida, del mismo modo que el barro de la tierra llega al estilo de la flor y a la generosidad del fruto.

Con una percepción vital y estética certera siempre, con una sociología penetrada en lo concreto y activo, como co-

rresponde a la jerarquía del arte, con una visión particular de vivisector, y con un sentido de conjunto y de función armonizadora que corresponde a las grandes generalizaciones filosóficas, pero siempre dentro de la captación sensible, Rómulo Gallegos, en la pugnacidad que caracteriza su obra total, ha alineado en emoción guerrera todos los pares opuestos que constituyen el drama de su patria. Es el testigo. Es el espectador. El ojo limpísimo y sin engaño que abarca una enorme realidad convulsiva. Con un firme dominio de lo épico, ha discernido y graduado esa guerra, esa humana gigantomaquia llanera. Nada ha concedido jamás que ofendiera a la veracidad de su pupila. Ninguna piedad, ninguna concesión cobarde, ningún patriotismo hueco ante la crueldad del cuadro. Sintió su responsabilidad y la vivió hasta el fondo, en heroísmo. Pero ante la visión pesimista y desgarradora, levantó su mano de fuego y endureció su índice inalterable para subir e indicar una luz. En esa lucha de enconados opuestos que dramatizan la actividad de una estirpe, contrapuso al horror las vivencias de la esperanza, no por fácil complacencia, no por blandura de carácter o por melindrosa aceptación, no! Gallegos es un hombre integral. Como Argos, tiene cien ojos abiertos a todos los tiempos, y nada escapa a su pupila múltiple. Quema el error mientras sueña el porvenir, y en esto radica lo heroico y afirmador de su mensaje. América crece sobre difíciles caminos. Rudo el trabajo de su ascensión, pero trabajo al fin, y trabajo de hombres. El lo sabe, y sobre las cenizas que deja el incendio, lo proclama, mientras, abriendo la mano, dispersa de nuevo la promisora simiente. Cuándo la historia no fué fecundada por la lucha de los opuestos?

Esa casi delirante contraposición de los elementos contrarios que de modo tan dramático caracteriza a nuestra América, y provoca en ella una continua desarmonía, la encontramos como tema central en la obra de Gallegos. Hasta cuando parece olvidarla como observador sabio y sagaz, reaparece en el hombre de intuición certera. La vieja Eris, y cantada, por Homero y glorificada por Heráclito, es su verdadera Musa. En efecto, sus conflictos acentúan sin cansancio la potencia inquietadora, combativa e insatisfecha de la discordia, en todas sus novelas. Ya en una expresión oculta, pero real y latente, ya en los momentos explosivos en que la garra va derecha hacia el golpe con una fiereza felina, ya en las incubaciones subconscientes cuando se modela a fragua y martillo el arma y el movimiento del arma, siempre en el novelista venezolano se siente o se presiente el combate de los hombres, y hasta las sordas y oscuras batallas de la naturaleza. En esa captación esquiliana del elemento trágico, radica el tono viril de su arte. Como poeta es un poderoso y voluptuoso contemplador. Pan lo asiste con su savia cósmica. Ve como un primitivo, pero analiza como un contemporáneo. La naturaleza lo conmueve y lo extasía. Va derecho hacia ella con la plenitud de un goce pateísta. Con nervios nupciales la abraza como a una amante. La acepta cual es, suave o salvaje, dulce o áspera. Su alma se pliega a los paisajes de la tierra, como si su sensibilidad les tejiese una túnica de sensaciones. Sus sentidos son agudísimos, y su pericia de observar lo atrapa todo. La dibuja en negro, y unta la línea con un color total, sin miedo a la generosidad de su paleta. Sus descripciones trasuntan hasta un misticismo de la belleza plástica,, como si en realidad poseyese las formas y las presencias mediante un proceso de identificación. Si algún tono religioso adquiere su obra, es en aquellos momentos en que la tierra le ofrece la majestad de un templo, donde el hombre, por fatalidad, es el oficiante. Sabe que le trasmite, sin duda, el goce de su hermosura, pero sabe también que a la vez le estimula la ebriedad de todos los deseos, que le da los ojos, pero se los venda de pasiones, y que ese mismo hijo llega a no parecernos cruel a fuerza de ser fatal y ciego. De ahí la mano de maestro con que, frente a lo natural, desciñe las vendas para que las pupilas reciban el baño de la luz gloriosa.

Gallegos ha sentido como pocos que el medio social hispanoamericano no está todavía clarificado, sino lejos de asomarse a un todo homogéneo.. Sus libros nos muestran esa orquesta humana donde cada grupo instrumental no obedece a un ritmo que centralice y unifique los sonidos. Todo en ella es disipar, contradictorio, en bloques de voluntad que se rechazan. A veces le basta un solo ser, que él llamará **La Trepadora,** para exprimir el sentido conflictual de la vida americana. Toma una mestiza bajo su pupila, la sigue desde sus humildes orígenes, la arroja a la vida dotándole de una tremenda voluntad de elevarse e imponer su yo imperial. Por venir desde un muy abajo contradictorio, y aspirar a las alturas del medio social, ya comienza a arder en el conflicto. Pero éste le late adentro y la perturba en su mezclada sangre. El blanco y el indio se balancean en el torrente de su corazón, y es allí mismo, en lo más entrañable y vital, que estalla lo más arremolinado del combate. Por ese mismo, por lo indefindio y mezclado de la raza, por el diverso colorido de las estirpes que aún no se han acrisolado hasta fundirse en un tipo definitivo, por los orgullos y las jerarquías que persisten y las humillaciones y desprecios que punzan y van tomando temperatura hasta el incendio, es que sus obras se entintan en episodios dramáticos, y su tierra de América adquiere la potencia artística de un escenario enorme y feroz. Tanto por la virtud interior como por el contagio ambiental, Gallegos es un temperamento dinámico y volitivo. Se "encueva" en el arte, pero se desborda para vivirse en la realidad, y operar en ella en una doble donación: belleza y acto. Por eso mismo se complace en curvar las voluntades alimentadas por la exuberancia tropical. Y como a la vez trabaja en las raíces psicológicas, suscita la acción de sus hombres desde abajo, desde esas raíces humanas que beben en el humus de fermento que las mueve, y que él ha recorrido con finísimo tacto. Anda siempre por los orígenes. Rumbea la marcha del artista hasta llegar al signo más hondo de sus seres. Y es así que les asegura, al troquelarlos, una firme perduración. En aquéllos en que su propósito ha sido central, impone rasgos absolutos, plasmándolos en el mismo metal de la vida. No teme hundirse hasta el espanto en sus tragedias, y con una abundancia de corazón que nos asombra, en una ciudad oculta de su espíritu, estuvieran latiendo con una parte de su sangre y vibrando con una parte de sus nervios.

El arte de Gallegos es también un mensaje. Venezuela escuchó, entre complacida por la obra genial, y desgarrada por la desnudez del cuadro, el dictamen conminatorio. Doña Bárbara, es decir, la oscura tierra plasmada en vida humana, se contempló a sí misma, y comprendió la preeminencia de su creador. La palabra del artista caló su instinto y le reveló su verdad. Santos Luzardo, el constructor, el hombre verdadero en la justicia, la mente que abre las entrañas del problema para arrancarle la solución desde adentro, el arquitecto que toma el caos de la materia virgen para levantar el vasto edificio, al penetrar en las páginas de Gallegos se encontró también a sí mismo, comprendió el significado de la construcción del futuro y la belleza que habrá de ser, y se hizo prole. Esa imantación del arte actuó como en capas de comprensión, desde arriba hasta abajo, como quien remueve los materiales del porvenir. Un hombre extraordinario había manifestado toda la verdad. Sus doce libros fueron como doce arados surcando llano y montaña para levantar una creación armoniosa, civilizadora, justa, sobre los horrores de la ignorancia, del despotismo temperamental, de los humillados y de los ofendidos. La obra había sido fecunda. Los doce arados labraron la vieja realidad con un esfuerzo heroico. El nombre de Gallegos se hizo signo y bandera. Era una lección hecha hombre, una síntesis del pasado y una anunciación del porvenir. Y no sólo su país, América entera recibió el impacto. El arte se había hecho revelación y mensaje, promesa y germen. Por eso, los que volvían a nacer desde el nuevo Verbo, rodearon al profetizador. Era necesario que aquél que tuvo a tiempo la doble visión más penetrante y fecundadora, fuese elegido. Sus plantas gravitaban seguras en la tradición. Sabía pisar la anciana tierra. Mas su frente avizoraba el viejo y siempre nuevo sueño de la Edad de Oro. No porque fuera ingenua y volara inocente por las utopías. Sino porque era honda y sabía dónde y cómo apoyar los bloques de la nueva realidad. Y no por excesiva confianza y candoroso optimismo, sino porque el ideal existe, y sobre dolores y fracasos, en paz o en guerra, clama sobre los mejores hombres, para que conduzcan paso a paso a sus pueblos hasta una justicia, trabajosa y difícil, pero posible siempre hasta grados que no contradigan nuestras fatales limitaciones de hombre.

Por eso, el artista que creaba novelas fué elegido gobernante por sus mismas criaturas, pues sus personajes eran Venezuela, y vieron en él a un predestinado para ser su Presidente. Los que leyeron en su obra una política que superaba a la de todos los profesionales de la política, confiaron en aquel hombre concreto, integral, armónico, cuya sonda había hecho fondo en las entrañas de la patria. Era el único poseedor de las claves salvadoras. La dignidad no puede menos

que producir dignidad. Y de una llama creadora sólo puede esperarse luz y fecundidad. Aquella verdad de su obra era demasiado honrada, profunda y dolorosa, para que no trascendiera como una virtud sobre un país asistido por la misma esperanza que le trasmitió su novelista. Virtud de las profecías auténticas, la de imantar a los oídos que las escuchan. El Verbo de Gallegos era nada más que espíritu, pero al hacerse palanca no pudo menos que adquirir la potencia del hierro. Movió a todo un pueblo.

Fué toda Venezuela quien lo votó, y Germán Arciniegas lo ha corroborado al decirle a Gallegos: "A usted lo eligieron sus personajes". Es cierto, pero Doña Bárbara, no sólo en Venezuela, en casi toda América, vive aún. Y Santos Luzardo, aunque pretendió matar al centauro, sólo pudo herirlo. Y ambos, la tierra fatal, la devoradora de hombres, ciega de instintos, apegada y sometida a las energías oscuras, y el centauro, el hombre que cabalga sobre su propia bestia, roja el arma y la mano en la hermana sangre de los centauros, recorren la sabana como una fuerza negra, y a su impulso la buena nueva fué doblada para hundirla en el abismo primario. El sembrador sublime ha sido arrojado de sus doce surcos, es cierto, pero no obstante, los surcos están abiertos y llegará un tiempo en que las simientes vertidas cumplan con su único destino: germinar! Y es que cada vez que muere la esperanza, nace la esperanza!

Señores, desde este Aula Magna de la Universidad del Uruguay, velando con todos mis sentidos humanos por el destino de nuestra América, me dirijo a este hombre que a los setenta años penetra, magnífico, en su dorado crepúsculo, y le digo:

"Rómulo Gallegos, cada vida humana es un breve episodio en la inmensidad del tiempo. No os pongais con vuestras siete décadas como medida de vuestro trabajo. La letra, no muere nunca. Las palabras de belleza, de amor y de justicia que labrásteis a fuego en vuestras narraciones, viven, sangran como arterias sobre vuestra patria, trasmutadas ya en fuentes inagotables. Los que no tuvieron genio, los que no os comprendieron, oh triste, oh pobre oscuridad, son tal vez tan inocentes como malvados. El hombre es mucho más joven de como lo ha pintado la historia, y el animal, vela en su carne de abismo. Vuestra lección fué para los sencillos de corazón y para los altos de pensamiento. Las letras de los doce libros que habéis creado, día a día derramarán en activo riego una sangre fecunda sobre el llano de los llaneros, sobre la montaña los montañeses, sobre la ciudad de los ciudadanos. Dejad trabajar al tiempo. Una obra inmortal es una fuerza inmortal. Un día Doña Bárbara y el centauro, sin morir, pero trasmutados por los poderes mágicos de vuestro arte, se inclinarán ante vos. Y mientras vos, grande y noble como lo es siempre el espíritu superior, los perdonaréis por todos sus ciegos errores, ellos se pondrán bajo vuestra frente, y dirán para gloria de Venezuela y de América: Hemos aprendido vuestra lección, y gracias por el heroismo de haberla creado.

Y terminando, añado: Rómulo Gallegos, sois el amo espiritual de Venezuela. Como ninguno otro la llevais en vos mismo en una viva duplicación. Para labrarla en el arte, la fraguásteis en vuestra carne y la alimentásteis con vuestra sangre. Más tarde, la tomásteis en vuestros puños prometeanos, y abriéndola como una enorme flor, la derramásteis en la mirada de todos vuestros hermanos. Sois el verbo más alto de vuestra patria, y sin embargo vagáis sin patria bajo vuestros pies, sin que tantos hijos de Doña Bárbara enrojezcan de vergüenza. Pero desde aquí puedo clamar hacia vos, y deciros: Rómulo Gallegos, ahí está Venezuela. Los verdaderos desterrados son ellos porque no pueden entrar a la Venezuela auténtica, a la patria que vive su verdad en vuestro corazón!

Montevideo, 3 de septiembre de 1954.

Rómulo Gallegos

Por **Ulrich Leo**

(Discurso pronunciado en el acto con que la Universidad de Toronto, Canadá, se asoció al homenaje continental a Rómulo Gallegos)

Nos reunimos para festejar una fecha que puede decirse de importancia literaria internacional. El dos de agosto del presente año se cumplen los 70 años de haber nacido un escritor y político venezolano, Rómulo Gallegos, que ha llevado el nombre de su patria por encima de los límites geográficos más que ninguno de sus compatriotas desde tiempos de Simón Bolívar, Andrés Bello, y Teresa Carreño. Y se cumplen, el mismo día, 25 años, desde que vió la luz la más impresionante entre sus numerosas hijas literarias, **Doña Bárbara**; no en Venezuela, es verdad, sino en Barcelona, refugio proverbial de la libertad perseguida. En aquel entonces, bajo la tiranía pasada, no pudo salir una obra imbuída de ética progresista como **Doña Bárbara** en su país de nacimiento; y hoy, bajo la tiranía presente, no puede vivir su autor en el suelo natal; más bien se ve reducido a gozar de la hospitalidad de otro suelo proverbialmente amigo de los refugiados del despotismo, México. Es allá donde están celebrándole, en esta semana, sus amigos políticos y espirituales, a él y a su hija predilecta; y les están acompañando, en un homenaje tan sincero como merecido, casi todos los países latinoamericanos —prescindiendo, es deplorable decirlo, de su país natal—, y muchos otros por todo el globo, incluyendo los Estados Unidos, en donde Gallegos es muy popular, y hasta nuestro Canadá, tan lejano del trópico y de la índole tropical.

Venezuela, territorio de escasa población pero de muchos talentos, siempre ha pasado por ser aquella entre las naciones hermanas, en donde se producen los mejores narradores. Una cadena brillante de novelistas, conocidos a través del continente, conduce de José Gil Fortoul, "prócer" de letras que aún he visto en Caracas, de edad bíblica y fantástica vitalidad, con su legendario botón de rosa en el ojal, por Romero García, Díaz Rodríguez, Urbaneja-Achelpohl, Rufino Blanco Fombona, José Rafael Pocaterra y tantos otros, al nombre que les refleja a todos: Rómulo Gallegos.

Si todos los que acabo de enumerar pueden llamarse, con otros, representativos de la novela venezolana de los últimos tres cuartos de siglo, Rómulo Gallegos ha llegado a ser algo como un clásico. Y es esto aún más notable, en cuanto él mismo no reclama para sí el título de artista puro; más bien, se sentiría mal interpretado con una etiqueta tan exclusiva. A lo que él aspira, es a ser educador de su nación, reformador público. Su poderoso talento de escritor y su fantasía poética casi siempre los ha considerado sólo instrumentos para realizar una tarea tan altamente humana; y la tarea, de su lado, ha influído, y no siempre favorablemente, en su actividad poética.

Bajo tales aspectos, la trayectoria de este hombre notable pierde el carácter laberíntico que, a primera vista, podría inquietarnos. Dicha trayectoria lo condujo desde el pupitre de maestro de escuela y el sillón de Ministro de Educación al estudio de novelista, de allá (sin abandonarlo jamás) al taller de la pantalla; más tarde a la arena de la lucha política y a la fundación del primer partido progresista de importancia en su país; finalmente a la Presidencia del primero y hasta la fecha el último gobierno sinceramente democrático que ha existido en Venezuela; y, a los pocos meses de gobernar, al exilio político. Pero se revela un camino exteriormente tan meándrico como la vida legítima y unificada de un hombre obedeciendo hasta el martirio político la voz interior que le impuso de educar su pueblo, con todos los medios al alcance de su índole, los espirituales y los prácticos. Tal consistencia ética es cosa rara entre los hombres y no solamente en Hispanoamérica. Aun de no ser gran escritor, Rómulo Gallegos, por su fidelidad a una tarea ideal, siempre conservada, debería contarse entre una minoría selectísima de su pueblo.

Gallegos nació en Caracas el 2 de agosto de 1884, de modo que su juventud coincide con la alborada del nuevo siglo. Y sus primeros pasos literarios ya revelan en él no una índole puramente poética, sino antes de todo un anhelo de reforma pública, como primer motivo de tomar la pluma. Mientras 99 caraqueños intelectuales entre 100 comienzan y en general acaban su carrera con el fatal poemario, lo que Gallegos en su arranque publica antes de llegar a la novela como su expresión preferida, no son poemas sino ensayos políticos. Dichos trabajos de principiante, casi olvidados hasta por el propio autor, se volverán a publicar, con motivo del jubileo actual, como símbolo de la índole inusitada del que los hizo. Y también después de descubierta su vena de invención o sea de ficción, ya cerca de sus 30 años, lo que le impulsó a ex-



Mural de **Jorge Gallardo:** "Pescadores con redes". Realizado en San José de Costa Rica. 1954.

A Jorge Gallardo con el recuerdo del hombre ausente tan artista y tan preparado para una gran obra mural que lleva dentro. Su maestro y amigo en el arte y en la vida. Vázquez Díaz
Madrid 1954

plotarla ha sido antes de todo una urgencia más bien ética que estética: o sea, el anhelo de combatir el pesimismo de moda, el "mal du siécle" de las civilizaciones europea y americana de aquellos años; ya que dicho "mal" no era solamente de moda y del "siglo", sino innato y perpetuo en el alma venezolana, por demás sensible y atormentada. Habla muy bien F. D. Radcliff en su libro **Venezuela prose fiction** (1933) del "cambio del morboso pesimismo en optimismo moderado", para determinar el punto de salida no exclusivamente artístico de nuestro autor al comenzar su actividad de narrador. Nada tan lejano de la índole galleguiana como la "poesía pura". Por esto ya en su primer volumen de cuentos y novelas cortas, en parte ya magistrales, titulado **Los aventureros** (1913), aunque empapado del esteticismo de la decadencia europea, se oye la voz del predicador social y progresista, en medio de estudios psicopatológicos del tipo naturalista francés y alemán de aquella época.

La primera gran novela, de 1920 — **Reinaldo Solar** (El último Solar) — se basa aún en la misma tradición pesimista europea, tratando de la "decadencia de una familia", tema tan fatalmente prolífero en la ideología venezolana; y aún se desarrolla su acción en la ciudad — — como si el autor, todavía no habiendo encontrado su suelo espiritual, simbolizara tal defectos por un suelo material que tampoco es el suyo—. El auténtico artista Gallegos no sale sino con la descubierta del **campo** como escena de sus invenciones, quedándose la ciudad casi siempre al margen, pero como símbolo de lo negativo, lo no central al cuento, hasta lo odioso. Así nace la segunda novela, **La Trepadora** (1924), ya embebida de problemas agrícolas venezolanos.

Y pasa que el tema de la agricultura, central en el desarrollo de un país como Venezuela, ocupa una tal parte en la tercera novela — propiamente **Doña Bárbara** — que hay quienes hasta vieron en este libro, como núcleo de su incubación, no otra cosa sino un sistema de la utilización de los llanos venezolanos, puesto en forma novelesca.

Si fuera así, este libro sería una entre las muchas novelas de tesis, y su buen éxito mundial como obra de arte resultaría enigmático. No cabe duda de que una de sus fuentes es la preocupación generosa del reformador Gallegos por los sufrimientos de los llaneros y los abusos de los propietarios. Lo que hay de nuevo, es que en este libro, por primera vez, las preocupaciones sociales de Gallegos **se han hecho poesía,** y su tema se le ha revelado como **mito.** Tan sólo de una **visión** anticipada, aunque no siempre seguida en el curso de la producción de la obra pudieron brotar tanta variedad de caracteres con fuerza persuasiva humana a la vez y nacional; un tal entretejimiento irracional y a veces místico entre la vida extrahumana de animales y plantas y la humana; un simbolismo ingenuamente vivo que por medio de cada detalle de la vida concreta y diaria conduce a las fuentes de la existencia; más que todo, la evocación horripilante del misterio tropical, el pantano tremendo, la muerte física y espiritual acechando a cada paso; encontrando su cumbre en verdad reveladora una visión tan siniestra de lo subconsciente natural, en el mito del **centauro,** personificación totemista de la mentalidad de los llanos.

Este libro puede ponerse al lado de las mejores producciones europeas del siglo XIX, ofreciéndose los nombres de Dickens, Alphonse Daudet, Fogazzaro como cercanamente relacionados; pero los trasciende en modernidad por sus siniestras introspecciones psíquicas que hacen pensar en Pirandello y Cela. Y a pesar de todas las reminiscencias legítimas, no comprenderemos **Doña Bárbara,** si no comenzamos dándonos cuenta de que aquí estamos en frente de una creación autóctonamente suramericana.

Las jóvenes literaturas del continente americano no pudieron sino desarrollarse bajo los auspicios de la gran tradición europea. Rómulo Gallegos como sus compatriotas y contemporáneos ha sido educado en ella. Pero, diferente de muchos otros, y mientras él nunca ha querido ocultar sus raíces espirituales europeas, Gallegos ha sabido desenredarse de la tradición, y, sin embargo, no estancarse en los bajos de un regionalismo modesto. El ha sabido crear algo nuevo, por medio de una síntesis orgánica entre la tradición ultramarina y la inspiración criolla. Admirablemente equilibrado entre su raza nativa que participa de la sangre negra, y la influencia extranjera, ha sabido formar la novela criolla de tipo elevado. Yo estoy persuadido de que lo que llamé su "distinción clásica", estriba precisamente, en cuanto al arte se refiere, en su perfecto equilibrio entre la mentalidad autóctona que le susurra sus inspiraciones, y la europea que le ha enseñado a comprenderlas y formarlas.

De modo que **Doña Bárbara** es el primer libro íntimamente venezolano de su autor. Feliz el que ha podido saborearlo hasta sus profundidades, leyéndolo cerca del río Apure, tributario del Orinoco, y en el cual desaparecerá enigmáticamen-

te la heroína, al fin de la tragedia expiatoria de su vida pomposa y atribulada. A tal lector le rodeó la vecindad espectral de los llanos, la llanura "toda caminos, toda horizontes", personificada en Doña Bárbara misma, bruja, despótica, y sublimemente humana. A pesar de vencida por la joven civilización, es ella la que sobrevive; porque también Santos Luzardo, el reformador, venezolano y no intruso norteamericano, tiene los llanos misteriosamente en las venas, mientras trata de reformarlos.

Dejo a mi amigo Julio Molinaro la tarea de hablar más detenidamente del libro precioso, queriendo yo añadir dos palabras más bien metódicas. Hubo en Caracas, por el 1943, una disputa entre colombianos y venezolanos alrededor de un presumido "plagio" cometido por Gallegos al escribir Doña Bárbara, explotando, como dijeron, la conocida novela colombiana de José Eustacio Rivera **La Voragine.** Basta para refutarlo llamar la atención al hecho de que el libro de Rivera es poético por definición, como si fuera, una serie de sonetos parnasianos en prosa, conectados por una acción insignificante. Gallegos, por otra parte, como ya lo dije, nunca ha sido ni querido ser poeta puro; aun veremos que en su personalidad artística no es la poesía lo que lucha contra la novela, sino el ensayo. Lo que se puede reprochar a **Doña Bárbara** del punto de vista estético, es propiamente esto que trata demasiados problemas no artísticos. Es ridículo suponer que un libro exclusiva y unilateralmente poético se haya explotado en otro libro que peca propiamente por falta de unidad poética.

—Otra cosa pasa con la famosa **Doña Perfecta** de Pérez Galdós, ya que en ella se encuentra una afinidad de motivos y no solamente de título con **Doña Bárbara.** Tampoco aquí hay "plagio", ni mucho menos. Lo que sí hay, es un caso importante de "ramificación literaria" de un motivo casi idéntico, tratado por Gallegos conforme a su irresistible índole de reformador público y de optimista de la civilización, tratado por Galdós, según puntos de vista diametralmente opuestos.

Las dos novelas que siguieron a **Doña Bárbara,** representan, junto con ella, lo que podemos denominar el segundo período y el más artístico en la producción literaria de Gallegos. Por lo menos la primera entre ellas — **Cantaclaro** (1932) — habría merecido un éxito mundial igual al de **Doña Bárbara.** En **Cantaclaro** tenemos la única creación auténtica e irrestringidamente lírica que al poeta le ha sido dado. Es una epopeya en prosa, de inefable tristeza y ligereza; algo como un cuento de hadas, tejido alrededor de la persona medio legendaria pero contemporánea de un joven trovador e improvisador, caminando por los llanos cuyo espíritu musical y erótico él personifica. Queda embebido el libro del sol omnipotente de los días interminables que pasan sobre la estepa y al lector, un poco embelesado bajo tanta exuberancia de luz y calor, le parecen ciertas fantasmas que asoman de vez en cuando, nada sino concreciones muy naturales de tanto calor y de tanta luz. **Canaima** (1935), por su lado, ha sido cortado en paño más dura pero no menos tropical. Hay quienes la consideran la obra más original de Gallegos. Nadie olvidará la tempestad en el bosque que allá se describe, en el contexto de la evocación de las selvas vírgenes del inmenso sur venezolano, preñadas de mitología precolombina. En ninguna parte de la obra de Gallegos se ha hecho poesía, como aquí, una de las preocupaciones más fuertes de su espíritu, o sea el interés folklórico.

Y es aquí en donde se para el poeta Gallegos para ceder el paso, definitivamente, al político, al reformador social y económico, al educador público, al psicólogo de profundidades cada vez más científico. Entramos en la tercera época bajo tres aspectos estilísticos: la vuelta a la ciudad como lugar de desarrollo de la invención; el ensayo histórico o psicólogo que asoma cada vez más bajo la cubierta novelística tenazmente conservada; y el nuevo estilo de la "novela - película'.

Con **Pobre negro** (1937) aún nos encontramos en el campo. Además, estamos, esta única vez, con Gallegos en un ambiente de historia pasada. Para él, hombre político por definición, lo único natural ha sido siempre, inventar y pensar en conceptos de la actualidad cada vez presente, con la mirada dirigida al futuro. Y no es tampoco en el caso de **Pobre negro** por un interés primario en la realidad pasada, por el cual él — como un Galdós o un Walter Scott — ha elegido la abolición de la esclavitud y la Guerra Federal venezolana (1865) como marco de su nuevo cuento. Más bien, lo ha hecho por una razón más cercana a su índole, o sea una de psicología. Su verdadero problema aquí es la situación anímica del **mezclado,** visto pesimistamente. Es así como él ha querido mostrar al mulato, hijo natural de blanca noble y de esclavo negro, puesto entre los dos fuegos, no perteneciendo ni a los esclavos ni a sus opresores, quedándose cada vez más trágicamente aislado; por fin haciéndose caudillo de los negros revolucionarios, quienes, sin embargo, no le quieren. Por poco muere bajo las balas de sus propios soldados. El tema trae consigo un énfasis especial en asuntos de psicopatología, siempre cara a Gallegos; y es su propio tema, ya que él mismo es retoño de ambas razas. El problema del mezclado nunca le ha dejado en paz; la tragedia de la propia Doña Bárbara radica en parte en su proveniencia —también ilegítima— de padre blanco y madre india; y lo mismo pasa con Remota en **Sobre la misma tierra.**

De modo que esta novela es una de las más agudamente psicológicas y de las más personalmente humanas que hayan salido del alma inquieta de nuestro autor. Lo único de que adolece la novela es el hecho deplorable de que es... novela; y no más bien, un ensayo histórico y psicológico. La invención novelesca, aquí por primera pero no por última vez en la trayectoria de Gallegos, le ha hecho un daño irreparable a la verdadera inspiración del autor quien, en este sentido formal, ya parece a veces no haberse comprendido a sí mismo.

Importante para el lector angloamericano es notar, cuán diferentemente se concibe el problema de la raza al sur y al norte del Río Grande. No se puede tratar, en una novela hispanoamericana, de la opresión casi teórica de la raza colorada como raza por la llamada blanca. Es esto un privilegio cultural que se han reservado los que guían las naciones libres. Un libro como la célebre novela de Richard White, **Native son,** ni se escribiría ni se leería en un país como Venezuela, en donde no existe el odio racial. Lo que sí existe, es la diferencia de las razas, humanas e irreductible; y es en tal suelo trágico pero no inhumano en donde brota el problema del libro galleguiano.

También se anuncia, aunque de lejos, ya en **Pobre negro** la novedad estilística que he llamado estilo de "novela-película"; tipo de expresión desde luego cada vez más característica de Gallegos, hasta llegar a su **non plus ultra** en la novela hasta la fecha última, **La Brizna de paja en el viento** (1952). Cuando apareció **Pobre negro,** Gallegos ya había cobrado interés por el cinema como forma de arte. Habían comenzado las solicitaciones de Hollywood. Cuatro de sus propios libros se adaptarán a la pantalla poco después en México —deplorablemente mal, dicho entre paréntesis—. Otra película con alta intención social en favor del niño desamparado, titulada **Juan de la Calle,** sin libro precedente, la dirigirá el mismo maestro, en un esfuerzo de organizar la industria cinematográfica nacional en Venezuela, en 1942. — Y es

así, si no me equivoco, como sus libros, de su parte, anticipan cada vez más el carácter estilístico de textos escritos para la película. La mentalidad de la pantalla parece haberse apoderado de la creatividad artística de nuestro autor, desalojando la tradicional de la página impresa. En sus libros más antiguos nos encontramos con descripciones detalladas de la naturaleza, con análisis minuciosos de la vida psíquica, con presentaciones cuidadosas de individuos, grupos, situaciones; y con un síntaxis y un vocabulario ricos y estudiados, correspondientes a tal contenido. Y ya, cada vez más, desaparecen tales elementos que me hicieron pensar en Dickens y Alphonse Daudet al hablar de sus primeros dos períodos.

Los capítulos resultan más breves cada vez; las introducciones descriptivas van aboliéndose; las frases se cortan; se eliminan verbos, epítetos, conjunciones. Al introducirse una nueva persona, muchas veces no se dice el nombre, sino que nos encontramos con un "él", "ella", **como si el texto no hiciera sino acompañar el cuadro en la pantalla, en donde se ve quien es "él" o "ella".** La evocación, de tal modo, se hace cada vez más ligera, esbozada, saltante. Cada vez más parecen interesarle al autor los elementos colectivos y fugitivos, cada vez menos la individualización de aspectos, caracteres, situaciones anímicas. Ya no quiere mostrar la substancia sino la actitud — **como lo hace la película—.** Huelga decir que con tal desarrollo Gallegos va con el tiempo. No sería difícil demostrar paralelos al "estilo de la pantalla" en la poesía hermética de hoy día; y como ejemplo en prosa repito el nombre de C. J. Cela, con su libro despedazado **La colmena** que se considera obra maestra por críticos al tanto de la época. Tiene de "existencialista" la "novela-película".

—Parece, en todo caso, que la bondad de un libro no depende tan sólo de su género de estilo. Por poco habría dicho que **El Forastero** (1942), libro muy poco divulgado, es el más interesante que le haya resultado a nuestro escritor, por lo menos en su tercera época. *) — **El Forastero:** típico "estilo de película"; la ciudad y ya no la campiña como ambiente; el tema: la psicología de la dictadura política. Es este el único libro en el cual la rica y trágica experiencia política de la vida movida de Gallegos se ha cristalizado en visión de escritor. Se presenta al tirano intransigente y despótico, viejo estilo; alterna con él el tirano sonriente y astuto, nuevo estilo; y a ambos les reemplazará una democracia de fachada, detrás de la cual seguirá el juego desvergonzado de los que saben explotar cada situación en su ventaja personal. Tal "política", la única que sobre vive a las formas de gobierno, ha encontrado su símbolo — quisiera decir, insuperable — en la figura en verdad demoniaca del Dr. Basilio Daza, un Talleyrand o Rouché venezolano, creación digna del mayor escritor satírico.

Lo que hace daño al libro, es, otra vez, la forma de novela que no le pertenece. Novelas de tesis, interesantísimas ambas y que sólo por falta de tiempo aquí paso por alto, son los dos últimos libros hasta la fecha publicados: **"Sobre la misma tierra"** (1943), y **La brizna de paja en el viento"** (1952), tratando asuntos de revolución estudiantil en Cuba.

Y ¡ojalá! hubiera tenido a bien el autor renunciar por fin a una invención novelesca, como marco por demás tradicional alrededor de un cuadro tan nuevo. Unos personajes pálidos y cuya única razón de ser es la que mantienen una "acción" ella misma no importante; unos episodios de amor más bien polvorientos: tal ambiente anticuado de novela no hace sino obscurecer las estupendas introspecciones de psicología política, y las figuras que las ilustran, y que son las únicas que cuentan en el libro. Si no me equivoco, henos aquí una vez más delante de un caso en el cual una inspiración poética no ha encontrado la forma literaria que le habría correspondido — y que habría sido otra vez el ensayo psicológico en vez de la novela. ¡Problema fundamental de la estética de los géneros literarios!

El género de Gallegos, en todo caso, cada vez más, es la novela de tesis, a saber un asunto de actualidad pública tratado críticamente en forma de cuento — como si fuera un "ejemplo" medieval—. El empuje apasionado y reformador reemplazará lo que podría faltar a tales libros en esencia auténticamente artística. Toda una cultura antigua, con sus trajes, ritos y costumbres, se presenta en **Sobre la misma tierra** (1943); la de los indios guajiros viviendo hasta hoy día, independientes y en la miseria, al norte de la gran ciudad petrolera de Maracaibo, al extremo noroeste venezolano. Contraste tajante de dos formas de colectividad inmediatamente vecinas, "sobre la misma tierra", además de la riqueza extranjera explotadora de la msieria autóctona. Tales opuestos, reflejados en el título del libro, se evocan con un enorme ímpetu social y nacional, y con introspección folklórica.

Y ya mencioné el fruto más reciente de la actividad de Gallegos, **La Brizna de paja en el viento** (1952), libro revolucionario sobre problemas estudiantiles cubanos —ya que Cuba era su refugio antes de trasladarse a México. Mencionemos aquí un rasgo auténticamente realista en Gallegos, a saber que, para inspirarse, debe encontrarse en el suelo en donde se desarrolla su invención. Inventa si; pero no fantasea, sino que transforma una realidad que lo rodea. Así es como, en el libro citado, el venezolano ya parece haberse hecho cubano, y el hombre de problemas prácticos, universitario (aunque en **El Forastero** ya haya habido un problema parecido, pero episódico). ¡Cuánto empuje, cuánta inquietud bullentes en el corazón de un escrito cercano a sus setenta, se han descargado en este nuevo esfuerzo de ayudar escribiendo a la humanidad que sufre y lucha, y en un campo que él todavía casi no había tanteado! Peca el libro de todos los rasgos de una técnica ya llegada a ser "manera"; pero no se ha agotado tampoco la vena del poeta creador de símbolos. No cito sino el inolvidable de la puerta abierta en la distancia, delante de los ojos ansiosos de un joven por demás tímido para pasar por ella a la libertad.

Es la libertad el motivo vital que ha mantenido joven a este gran luchador y que lo será hasta su tumba, si Dios quiere, aún lejana. Libertad espiritual, intelectual, política, económica, social. Los que, en 1948, le han arrebatado de las manos el gobierno, pulcramente desempeñado, apoyados en fuerzas extranjeras que, como de costumbre, han preferido ocultarse, lo han tachado de "comunista", palabra de moda hoy día en tales casos, y que, 10 años atrás, se habría pronunciado "fascista". Lo que en verdad eran y siguen siendo Gallegos y sus colaboradores en el gobierno, los Betancourt, los Blanco, los Montilla, los Prieto, no es ni comunistas ni fascistas; es demócratas de pura voluntad. Quisiera Dios que el próximo libro de Gallegos no fuera "novela", sino "ensayo" de una vez, el ensayo más personal que él pueda escribir, quiero decir, **sus propias memorias,** políticas y personales, que probarían todo lo que acabo de decir, y mucho más.

Rómulo Gallegos, alto, delgado, erecto, serio y hasta ceñudo, tenía, cuando yo le ví la última vez, aspecto de oficial o de alto funcionario más bien que de lo que llaman "intelectual". Probablemente el partido "Acción Democrática", fundado y dirigido por él, no le está menos en el corazón que las más queridas entre sus creaciones literarias. Los 18.000 que le vieron y oyeron en 1941, cuando por primera vez habló públicamente sobre política, en el Nuevo Circo de Caracas, de candidato presidencial, quizás habrían esperado a un hombre de letras, un esteta nervioso y ocioso, buscando nuevas emociones en la lucha política. Y vieron y oyeran a un hombre reservado y moralmente impresionante, antes de todo a uno cuyo anhelo y amor cuidadoso les pertenece a ellos mismos no solamente en sus libros sino en la realidad. Quien haya asistido a aquella reunión pública, no pensará sin lágrimas en los centenares de jóvenes quienes, apenas terminada la arenga, se precipitaron desde todas partes del gran anfiteatro, saltaron por encima de la reja en la arena, y corrieron a él, su amigo, su esperanza, abrizándole, llamándole por su nombre, casi adorándole. El destino no ha permitido que él cumpliera con tan sagradas esperanzas, ya tantas veces engañadas y renovadas en su país. Pero quien mira su cara, surcada de trabajo espiritual, y de preocupación ética, sellada por el genio de la responsabilidad pública, por demás rara en su nación, se dará cuenta de que el novelista eminente, el pedagogo público, el político progresista, se han reunido orgánicamente en una sola personalidad, la de uno que quiere apoyar amorosamente a sus compatriotas y a la humanidad en su arduo camino hacia un porvenir mejor; y no tan sólo por medio de la literatura.

University of Toronto, Canadá.
28 de Julio de 1954.

---

*) Aquí me separo por completo del juicio de mi distinguido amigo Juan Liscano, para quien **"El Forastero"** . . .pertenece por entero a la época de **Reinaldo Solar".** ("Encuentro con Rómulo Gallegos" **Cuadernos** (París 1954), Nº VI, pág. 22).

II Canto del perenne exilado

Por **Amparo Casamalhuapa**

(En Rep. Amer.)

Tierra de un solo mar,
yo te recuerdo con la punzante angustia del ausente.
Qué harás lejos de mí?
A qué puros oídos
lanzarás tu gemido ancestral y solitario;
en cuáles manos goteará tu llanto,
sobre qué surcos, dejarás tu germen?

Con ansiedad filial incontenible
pongo en suspenso el cotidiano afán
y el eco de tu vida me penetra,
como gama orquestal.
Mi acorazada soledad
se yergue al infinito
para captar las ondas ignoradas
de tu pulso vital.
Veo a las gentes que te aman
y reconozco a las que mal te quieren;
siento a los que se esfuerzan y trabajan,
sufro con los que débiles—fracasan.

Voy por cien caminos y veredas
asistiendo al boyero,
al chofer que domina su volante
más allá del peligro y de la muerte;
a la espalda curvada por la carga
y a los niños que aprenden su lección.

Están en mí, tu grama indestructible;
tu escobilla tenaz,
con sus pequeñas flores amarillas
los blancos candelabros del izote
y el seguro cobijo de tus ceibas.

De nada sirve que me tengan lejos:
soy de tu barro acrisolado y fino;
mi voz corre en tus vientos,
mi energía en tus aguas
y mi alma se entreteje con la tuya,
como el hijo en el vientre maternal.
Guardas en lecho cálido a mis muertos,
sus cenizas te nutren y mantienen...
Yo muero y vivo en Ti!

Recuerdas, patria,
mis primeros vagidos,
mi niñez disciplinada y estudiosa,
mi adolescencia en marcha?
A qué te supo,
mi juventud de yodo y flor
en conjunción perfecta?
Reconociste en ella
la pervivencia de tu recia estirpe,
las páginas quemantes de tu historia,
la esencia de tu Ser?
Yo no tengo la culpa de esas cosas:
Tú me enseñaste a Amar!
Tú me diste los ojos y la boca,
el oído y la sed...

La balanza deberá medir *por siempre.*
Qué culpa tengo yo?

En paréntesis fugaz y doloroso,
he respirado tu aliento espiritual.
"Cuándo se va"? Dijeron
los ignorantes de lo indivisible
y del Excelso Amor.
Yo diré cuándo, contesté:
Les quitaré mi sombra,
para darles mi luz.
Y aquí estoy, bajo extranjero cielo,
herida en el costado por la lanza cobarde,
pero también lavada, con el Agua Lustral.
La mísera calumnia no triunfa contra mí,
porque soy fuerte y clara como la luz del sol.
Mía es la hora sencilla y complicada,
junto a criaturas propias y extrañas.
El tiempo ha de llegar en que se vea,
quién guarda la Verdad.

Oyes mi voz acariciar tu oído,
patria "mínima y dulce"
como el Santo de Asís?
Mis labios besan tu dolor antiguo
en el sudor del pobre que trabaja;
en la tortilla y el frijol sagrados,
en los descalzos pies encallecidos
y en el tugurio que a Hogar no llega.

Recuerdas patria, la mañana aquella, (1946)
cuando un joven soldado
se me cuadró con el fusil al hombro?
Esperaba lo peor...,
y sin embargo, oí decir
con labio emocionado:
"Señorita, no se acuerda de mí?"
Sorprendida y feliz
clavé los ojos en aquel semblante
y dije: tú eres Juan,
mi alumno de otros tiempos.
Cómo creciste tanto?, eres ya un hombre!
Por qué llevas fusil con bayoneta,
quién torció mi lección?
Has disparado contra tus hermanos,
vive tu madre aún?
Cuánto daría por poder abrazarte en plena calle,
como al niño de ayer...
"Señorita, yo querría conversar con Ud.,
contarle mis problemas
como antes;
si Ud. se queda, todo será mejor..."

....

Pero los vientos eran contrarios
para mis anhelos;
la voz del pueblo fué silenciada
por anónimos garfios
y dejando atrás, niebla y tormenta,
volví al exilio
que impuso el vencedor.
Patria mía lejana,
después de tantos años,
qué abrazo extraño y traicionero
te separa de mí?

México, D. F. Agosto de 1953.

"Excelsior" de México, me calumnió a su gusto en julio del 53 y con ello dió origen a este "II Canto del Exilado Perenne."

Tal vez

(En Rep. Amer.)

Mojado.
Veinte pesos.
—Ambiente fué mi vida,
no su eco—
El beso se termina
cuando el cuerpo es un dedo.
Podría dejar colgada la ceniza
y el plasma de mi aliento.
Podría decirte, vamos
y llegar a una esquina...
(Convocar los silencios en la acera
y llenarte de risas en mi ausencia)
Hay tantos cuerpos resolviéndose en hijos
o en agencias.
Tú sabes, verdad
lo que es un grito?
Una casa sin puertas?
Un cuchillo sin filo?
Una novia sin piernas?
Comprende este incesante en mi destierro,
a mi luna sin puerto.
(porque al mar clavó en el pecho
su astilla de ilusión y no hay regreso
donde espuma final es su comienzo)
Este aguacero inútil,
este verso,
este dejar palabras que ya han muerto.
Inmensa laguna destrozada
—pensar es recordar en algo nuevo—
ese ojo tan tibio que me muerde
en el mismo lugar donde no crece
mi lluvia despoblada
de tu cuerpo...

Mario Picado Umaña.

San José, Costa Rica, Diciembre 1954.



QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

La edad de las ideas

Por **Alvaro de Albornoz**

(En **El Nacional** de México, D. F. 22-V-54).

El corazón humano —ese gran lugar común, que decía el insigne "Clarín"— es de todos los tiempos. Responde siempre a los mismos estímulos: el amor, el odio, la envidia, la ambición, el fanatismo. Desde el padre Esquilo a Shakespeare y a Hebel, el corazón de la humanidad late, vibra, se exalta y se deprime por las mismas causas: iguales entusiasmos, las mismas decepciones, idénticos arrebatos, la eterna oscilación entre el heroismo y el pánico. Entre pecho y espalda, para emplear la gráfica expresión de Tácito, lleva el hombre desde su aparición sobre la tierra, los mismos recelos, el mismo cálculo mezquino, la misma profunda sombra, y también el mismo ímpetu agresivo, el mismo ritmo tumultuoso, las mismas ansias inmortales. No cabe hablar de corazón antiguo ni de corazón moderno. La misma carne y la misma sangre. Por eso el corazón es un tópico.

Ni el cerebro humano varía como se imaginan algunos optimistas. Sobre los mismos lóbulos, las mismas huellas, trazadas por el mismo estilete: la religión, el patriotismo, la justicia, la libertad. En los umbrales de la muerte, ante el gran misterio, las células cerebrales reproducen las mismas impresiones ingenuas de los albores de la vida. En la madurez, los mismos tanteos en el ámbito de lo tenebroso que en la adolescencia pueril. Las rígidas paredes del cráneo que contienen el cerebro ondulante y movible —ondulante y movible como el mar, un prisionero eterno— han sufrido en milenios una modificación apenas perceptible. Hay que ser un sabio para distinguir por la configuración craneana a un hombre primitivo de uno de esos idiotas que andan por las calles de nuestras modernas urbes.

Varían, ciertamente, las ideologías. Pero tan poco que el progreso humano parece encerrado en una esfera. Aun perduran las que llamó Max Müller venerables religiones primitivas de la humanidad. Todos los días se renueva la conversión de Saulo. Renacen sin cesar de entre las catástrofes históricas las viejas utopías; todavía nos parece el más profundo tesoro de sabiduría humana la ciencia antigua, que interpreta la antigua revelación, y colocamos los más audaces proyectos revolucionarios bajo los auspicios platónicos.

Se habla de "el liberalismo trasnochado del siglo diecinueve". Y el socialismo ¿de cuándo es? Ya hace más de un siglo que Marx y Engels dieron a la publicidad europea su célebre Manifiesto del Partido Comunista, yue es como la carta del llamado socialismo científico. Pero ya mucho antes de 1848 pululaban las doctrinas socialistas. Había sistemas tan famosos como los de Saint-Simon y Fourier, sin olvidar al filántropo Owen y a otros insignes precursores del socialismo europeo. Las elucubraciones de Marx fueron precedidas en Inglaterra por las de Godwin y Thompson, y no necesitó Proudhon esperar a que Marx diera a luz sus ideas para alumbrar las suyas, tan brillantes como paradójicas, sobre la propiedad. Se podría decir que data de entonces la polémica inagotable en que la dialéctica va esterilizando y consumiendo el dinamismo revolucionario, si no fuera preciso remontarse a las controversias de la anterior centuria, en que Rousseau lanza su agresivo Discurso de Dijón y las utopías sociales llenan el ambiente en que va a desencadenarse la Revolución Francesa.

¿Y es, por ventura, más moderno el comunismo? Cuando, con Bakunin, la Internacional lo fulgura desde un nuevo Sinai revolucionario, desplegando, más que la bandera, el espectro rojo ante la aterrada burguesía europea, el espanto impide a los más reflexivos darse cuenta de que se trata de ideas tan viejas como el Mundo. El comunismo arrulla los primeros ensueños de la Humanidad. Las comunidades primitivas lo practican, los españoles lo encuentran establecido en el Perú y los jesuitas hacen de él un sistema en el Paraguay. Las utopías sociales de la Edad Media arrastran a los desposeídos como la ley agraria a las multitudes de la vieja Roma, y es siempre la misma idea a un tiempo social y religiosa la musa de todas las rebeliones campesinas. El comunismo inspira páginas inmortales a Platón, fulgor que sólo vuelve a encenderse, tal vez, en las apasionadas y románticas de Rousseau. Y la historia de la propiedad comunal ofrece ejemplos tan numerosos como diversos en todos los pueblos y en todas las épocas.

Ni es, por cierto, cosa de estos tiempos, sino de la antigüedad más remota, que enmudezcan las asambleas y surjan los dictadores, ya con poderes legales, ya con derechos usurpados a la muchedumbre presa del pánico o del hambre o en efervescencia revolucionaria. Las democracias antiguas se hallan tan familiarizadas con los eclipses de la libertad como las modernas, el predominio de las corporaciones se remonta al de las castas y el despotismo totalitario tiene remotísimo precedente en el de los sátrapas y faraones. La tiranía es tan vieja como el Mundo.

Y tan viejos como las ideas son los procedimientos que el hombre emplea para realizarlas. La violencia siempre. Violencia de jueces y de facinerosos, violencia de santos y de guerreros, violencia del fanatismo religioso y del fanatismo político, violencia de la reacción y de la revolución, violencia del orden y de la anarquía, violencia de la autoridad y de la libertad, violencia de la ley y del delito, violencia mística y violencia criminal. Y, a través de todos los tiempos, la guerra, "la regeneratriz sagrada" según Paul Bourget, que no era ningún bárbaro teutón.

"Nihil novum sub sole", afirmaba la sabiduría del Eclesiastés. Lo mismo podría decir, al cabo de milenios, el hombre envejecido y cansado. La Humanidad tiene pocas ideas, y éstas, en su mayoría viejísimas. Lo único nuevo es, si acaso, el modo de presentarlas. Pero no todas las ideas son en igual medida antiguallas Las hay que ni han hecho más que apuntar, que ni siquiera han llegado a amanecer. Así el liberalismo de tantas auroras frustradas, de tantos rosicleres desvanecidos. Muchos que somos viejos sólo lo hemos vislumbrado desde los bancos de la Universidad. Y en vano hemos corrido tras él toda nuestra vida, unas veces con los libros y otra con la papeleta electoral en la mano.

INDICE DEL TOMO XLVIII

Autores y asuntos

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento

Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
Editor
En Costa Rica:
Susc. anual: ₡ 18.00

Exterior:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario cobrable en los EE. UU.